

Cuento

*Serpientes
y escaleras*

Pedro Siller

Debe ser algo simbólico que

siempre, después de mucho andar, uno se detenga a la puerta de una iglesia. Todas ellas se parecen no importa que aquí sea la frontera y que falten tan sólo unos metros para que termine América Latina y comiencen los Estados Unidos.

Yo no sé, tan sólo imagino cómo será la vez que pueda cruzarla.

Manuel, mi sobrino, no me dijo mucho en sus cartas de cómo es la vida en Estados Unidos; más bien él siempre me pedía que respondiera a sus preguntas sobre Nicaragua, lo que estaba pasando, las noticias de los amigos, los saludos a los parientes que nos quedaban. Poco hablaba de cómo le iba, pero creo que bien, porque fue él quien me ofreció ayuda cuando supo de mis desgracias, cuando la desilusión se hizo una carta breve en la que le conté la imposibilidad de seguir viviendo en Nicaragua.

Manuel es menor que yo, es hijo de una hermana mía y nunca conoció a su padre, poco menos que mi hermana, que casi nada supo del que siempre le dijo que iba a ser su marido y un buen día desapareció. Fuimos siempre muy unidos: estuve muy pendiente de él porque yo era estudiante en la escuela para maestros cuando él estaba todavía en la primaria. Luego yo fui maestro y él siguió estudiando la secundaria, después la preparatoria. Y yo siempre a su lado, aconsejándolo, orgulloso de mi sobrino.

En ese barrio pobre de Managua donde vivíamos no había mucho qué hacer; los jóvenes se dedicaban a tomar cerveza y hacer maldades. Pero Manuel no, yo siempre andaba buscando en qué entretenerlo para que no saliera a la calle a juntarse con los vagos del rumbo. Cuando él era niño nos gustaba jugar a las Serpientes y Escaleras. Era una planilla larga, como tres veces la que se usa para escribir a máquina, donde estaban dibujadas

ciudades encerradas en círculos. Se comenzaba en la primera casilla de arriba hacia la derecha hasta acabar con la fila y seguir en la línea inferior y así, cada jugador tiraba el par de dados y avanzaba según la suma de los números. En algunas casillas había escaleras dibujadas que te llevaban hacia abajo y eso quería decir que se avanzaba rápido por ellas ahorrándote camino; pero en otras había serpientes y si caías en su boca entonces subías y regresabas al lugar hasta donde estaba marcada su cola.

Cada vez que caían los dados creía yo que mucho tenía que ver el que Manuel fuera más joven, porque siempre, mal que bien, él avanzaba en sus casillas y yo como que estaba más expuesto a la suerte, a los vaivenes del destino. Como si el haber nacido en dos tiempos diferentes nos hubiera marcado tanto y para siempre que ya no había cómo remediar esa distancia.

El día que Manuel se fue para Estados Unidos, o sea después de lo del terremoto y que mi hermana dejó este mundo, pegué con goma los dados a la planilla, que ya estaban muy gastados de tanto usarlos, y guardé aquel juego en un lugar especial de la casa: le puse un marco y lo coloqué en la pared de mi cuarto. Ese día yo también me fui, pero a la montaña, a unirme a los sandinistas para ayudar a terminar de una vez por todas con una dictadura que no nos dejaba vivir.

No había querido para él esa lucha en la que nosotros llevábamos ya tantos y tantos años, y en la que esa vez no sabíamos si se lograría algo o fuera solamente otra batalla más, otros muertos más. De todo eso, de no haber ganado todavía, éramos nosotros, los más viejos, los culpables. Por eso, para que no compartiera con nosotros ese dolor de la impotencia que sentíamos entonces, siempre le estuve diciendo que tendría que irse.

Cuando finalmente cayó el dictador, los días en que la gente se abrazaba en las calles, cuando era pura fiesta lo que se veía por todos lados y los hijos se reencontraban con los padres y los hermanos con los hermanos y así en casi todas las familias, él me hizo falta.

Volví a mi trabajo de maestro y desde ahí me daba cuenta de que aquello no iba bien y me llevé una desilusión tras otra; luego, perdimos las elecciones, le escribí a Manuel esa carta y nos pusimos de acuerdo.

Estuve dos días en la frontera esperando que Manuel llegara desde Los Angeles a El Paso para que nos encontráramos en la terminal de los autobuses Greyhound y me llevara con él. Ya me había informado con un coyote sobre la pasada de la línea fronteriza. Me lo habían presentado en el hotel. Sólo había que esperar.

Hacía mucho frío. Como en las faldas del volcán cuando andaba de sandinista, en la batalla de Custamala, allí me agarró un frío igual, pero creo que éste era peor, o sería la inactividad o que yo tenía más hambre que entonces, o tanto cambio de clima, porque al pasar por Tapachula, allí donde empieza México, hacía un calor de los mil demonios, lleno de humedad, como en todo Centroamérica. Eso sí, ni las calles ni nada eran diferentes, sólo ese miedo a los de la migración, pero nomás, desde que entré a México me persiguió el miedo, quién sabe hasta cuándo se me quite de encima.

Creo que muchos han de hablar español en Los Angeles. Manuel hablaba poco inglés cuando se fue, sólo el que enseñaban en la escuela pública y otro poco que aprendió traduciendo canciones y oyendo la radio de onda corta, aunque él es muy joven y a lo mejor por eso lo aprendió rápido. Pero como quiera que sea, no importa si es a señas creo que les entenderé a los gringos, si es que puedo llegar allí algún día. Yo estaba seguro —todavía lo estoy— de que algo haré para entenderles sin mucho problema, total, para recoger cosechas, barrer, trapear o cuidar animales, para cualquier cosa de esas en las que puedo trabajar, no creo que sea necesario saber mucho.

Cuando estaba en la guerrilla sandinista había un muchacho al que le llamábamos Paco, que algo sabía de inglés. Tenía un libro en el que el Padre Nuestro estaba escrito en ese

idioma y decía que era más efectivo que rezarlo en español, que Dios estaba más cerca de los gringos que de nosotros, por eso eran ellos más poderosos, y que si lo rezabas así, tenías más posibilidades de que él te escuchara.

Yo pensaba que cuando cruzara la frontera, a los gringos nunca les iba a contar que fui sandinista. ¿Para qué? A lo mejor hasta con más fuerza me deportarían a Nicaragua. Nunca nos quisieron bien. De comunistas no nos bajaban. Nada, si alguna vez me llegaran a preguntar no les iba a decir nada. Después de todo ¿qué sé yo de política? Si supiera no estaría aquí, buscando cómo pasar sin papeles a los Estados Unidos; si supiera realmente algo de política pues estaría en Managua disfrutando de eso que llaman “la piñata”, o sea el reparto de todo lo bueno que quedó después de la caída del dictador. Pero yo no sé, por eso estoy aquí.

En esas cosas estaba yo pensando cuando me di cuenta que no era el único allí frente a la iglesia, y de seguro que entre las otras personas que estaban sentadas en las bancas había otros más que estaban buscando cómo pasarse al otro lado del Río Bravo. Se les veía rápido la sensación que algo o a alguien esperaban, con las ropas sucias, los sombreros despedazados, las manos talladas una contra la otra para calentar el aire que se les escapaba entre los dedos.

Uno de ellos apenas me vio de reojo antes de sentarse en la misma banca. Me di cuenta de que tenía más o menos la misma edad que yo, unos cuarenta años, sus ropas se veían de buena calidad, tuvo suerte, todavía conservaba una pequeña caja donde debe llevar más cosas. A mí me robaron todo en Tapachula. Bien me dijeron que esto de cruzar por México era peor que cruzar por un campo minado, nunca sabe uno cuál es el último paso, el que te mandará para atrás, hasta el día de nacer, o antes.

Creí que lo mejor era ignorarlo. Se desconfía de todos en este camino. Sólo estas palomas se acercan confiadas ¿Se comerán? No, a las palomas de los templos nadie las toca, así ha de ser aquí también.

De repente vi cuando mi vecino de banca se puso a orinar detrás de uno de los árboles del atrio. No se aguantó —pensé, eso pasa con la edad, el dolor que produce la retención del líquido.

No vi entonces por dónde llegó el policía, sólo cuando comenzó a sacudirlo, y la cara de miedo del señor mientras el otro lo sostenía tomándolo por los hombros, y él, como si fuera el miedo o el pánico quien en realidad lo abrazara, tratando de contenerse para no gritar.

Cuando empezó a balbucear, le reconocí rápido el acento nicaragüense y se me heló la sangre, como si no hubiera sido suficiente con el frío que hacía, pero más frío sentí cuando se acercaron a la banca. Entonces fue que el policía se acercó también hacia mí y sentí mucho más miedo que en Tapachula, porque eso estaba a tres mil kilómetros, y que mal que bien, ya los había yo recorrido.

—¿Y usted?— me dijo el policía

—¿Yo qué, señor?

—¿Vienen juntos?

—No, ni siquiera lo conozco

—Siempre vienen en bola —dijo el agente—. A ver, ¿de dónde eres?

Ésa era siempre la pregunta temida, como el caer de los dados en una suma maligna. Por más ensayos que hice, siempre supe que en ese momento iba yo a fracasar. Por más que durante las largas horas del autobús hacia la frontera, cuando uno no tiene nada que hacer, más que quedarse viendo cómo cambia el horizonte, me quise hacer a la idea de que podía pasar por tapachulteco porque al fin los de allá se nos parecen a los centroamericanos, pues no me salió ni un solo ruido de la garganta. Dudé un momento y eso fue más que suficiente para que sintiera la mano del policía sobre mi hombro. Entonces sentí el alivio, o sea eso que se siente cuando ya se puede soltar el llanto detenido.

En la oficina de migración, con esa frialdad de lo ajeno, la mujer detrás de la máquina de escribir tomó una de las hojas

blancas apiladas sobre el escritorio y contó hasta cuatro; después, lentamente, colocó el papel carbón en medio de ellas. Ni siquiera me veía. Confirmó los bordes de las hojas para asegurarse de que el carbón quedara en su ubicación precisa, las insertó en una antigua Remington y comenzó a teclear un protocolo que intuía tan mecánico que ni siquiera merecía pensar en ello, y sin levantar la vista del teclado me fue preguntando: ¿Nombre? ¿Originario de...? ¿Con documento migratorio...? A cada una de ellas fui respondiendo como podía, tratando de ser exacto, preciso, como si eso pudiera salvarme en algo, “Entré por Tapachula, Chiapas, el catorce de septiembre de este año, sin documento migratorio... con la intención de cruzar el territorio mexicano y dirigirme a los Estados Unidos para radicar allí con un sobrino mío que emigró desde hace seis años, cuando empezó fuerte la ofensiva sandinista ... al señor que estaba orinando sobre el pasto, ni siquiera lo conocía...”

Cuando terminaron las preguntas sacó la hoja y me señaló una marca con mi nombre, así que lo firmé, total, ya qué...

Dentro de la celda no vi al otro nicaragüense con rencor, sentí que su mirada buscaba la mía como para explicarme algo o disculparse quizás, pero consideré que no había necesidad. Sólo hubiera querido entonces encontrar la manera de comunicarme con Manuel para decirle que ya no me esperara en la terminal, que ya no iba yo a poder ir... al menos esta vez.

No sé por qué mi compañero de celda se imaginó que yo también era de la contra, o sea de los partidarios del dictador derrotado que pelearon en guerrillas contra los sandinistas, tal vez pensó que debería ser así porque era de lo más natural que fueran los de la contra, como él, los que ya cansados y sin esperanza, más emigraban entonces a los Estados Unidos.

Yo fui un alto oficial somocista —me dijo con cierto orgullo, casi de manera presuntuosa—. No le respondí nada, sólo entonces reparé en esa mezcla de su altivez y su aspecto andrajoso. Luego, atropelladamente me fue contando de su pasado, de su cercanía

con el dictador, de las derrotas que en una época, según él, nos había hecho a los sandinistas.

Hasta que hubo un momento en el que ya no me aguanté más y me ganó la rabia, o más bien el gusto por decirle que no se confundiera, que yo no era de sus antiguos subordinados, sino que al contrario, de las gentes que a él lo habían derrotado y dejado allí, como un fantasma vagando por las callejuelas de la historia.

Sólo después de que se lo dije, se calló por un rato. Entonces pude ya tener el necesario silencio como para tratar de entender lo que estaba por pasar, que no era otra cosa más que regresar, volver al inicio.

Después de un rato me interrumpió con su pregunta:

—Óigame, si usted fue sandinista y está aquí, igual que yo, entonces dígame, allá en Nicaragua, ¿quién ganó al final?

No le contesté, nomás me quedé mirando el piso de la celda, pensé entonces que yo no podía saber qué quería decir eso de ganar.

Ahora, en este autobús de deportados que va hacia el sur, si saco la mano por la ventanilla siento el aire fresco que trata de empujar mi brazo hacia atrás, fuerte, como una ficha cuando cae por azares de los dados en la boca de la serpiente.☞

Pedro Siller. Maestro en economía del trabajo por La Sorbonne, París. Candidato a Doctor en ciencias sociales por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México. Actualmente es profesor e investigador de tiempo completo en el departamento de Historia de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua. psiller@uacj.mx (Recepción: 26-11-06. Aceptación:15-02-07).